

## I. INTRODUCCIÓN

«La felicidad está hecha de pequeñas cosas:  
un pequeño yate, una pequeña mansión,  
una pequeña fortuna...» (Groucho Marx)

A principios de los años cincuenta, Truman Capote (1924-1984) llegó a Madrid y manifestó su deseo de conocer «la bohemia española». El periodista se presentó en el café Gijón, donde un camarero, Manolo Luna, algo aturdido por su presencia y maneras acabó llevándole a la mesa de «los escritores jóvenes», los de su edad. Ignacio Aldecoa y otros colegas de tertulia le recibieron encantados, porque la curiosidad del norteamericano solucionaba el problema de pagar la consumición. La mezcla del francés, el inglés y el italiano en los diálogos se solventó gracias al políglota Jesús Pardo, pero en aquel ir y venir de idiomas los aspirantes a la gloria literaria desaprovecharon la oportunidad que les ofrecía la generosidad del curioso. «Si hubiéramos pedido caviar y una puta, nos la habría pagado en el acto, seguro» (Ordóñez, 2007:62), recuerda el citado traductor y periodista, que ya contara el episodio en *Autobiografía sin retoques* (1996). También reconoce que, por esas fechas de la autarquía, nadie en Madrid sabía de Truman Capote. El desconocimiento era mutuo.

El autor de *A sangre fría* (*In cold blood*, 1966) –escrita en Palamós, según la recreación de Màrius Carol (2009)- empezó a hablar de la bohemia, más frecuente en Estados Unidos de lo que pudieran pensar aquellos jóvenes pendientes de quien pagaba el café. La sorpresa de los contertulios dio paso a la estupefacción, porque incluso ese literato de aires refinados y aspecto frágil, que viajaba por Europa sin problemas de dietas, las había pasado canutas. Según les explicó, tan mal estaba en una ocasión que cogió su máquina de escribir –una herramienta alquilada y compartida en las tertulias del Gijón o el Varela- y su coche –una quimera cinematográfica-, lo llenó de bocadillos de pollo y botellas de whisky –los interlocutores salivaron entonces- y se refugió en su casa de campo, donde escribió una obra de teatro que le permitió salir del apuro gracias al éxito en Broadway. Los españoles respiraron aliviados cuando conocieron la recaudación, en dólares, de *The grass harp* (1952), adaptación de la novela homónima del propio autor. El amigo Truman no volvió a pasarlas

canutas. El final feliz les gustaba, pero el norteamericano ya apuntaba la exquisitez que le abriría la intimidad de las más distinguidas damas. Sus interlocutores de aquella tarde, ajenos al brillo de los salones, no osaron presentarle a Vicente García Luengo, Paulino Posada, el Nardo de Judea, Manolo el Pollero y otros bohemios de Madrid, por convicción o rotunda necesidad. Truman Capote pagó la consumición y se marcharía satisfecho de haber compartido experiencias de la bohemia con unos colegas tan atentos a sus palabras, aunque acostumbrados al café con media tostada porque nunca habían desayunado en Tiffany's (*Breakfast at Tiffany's*, 1958).

El episodio merece el interés de lo verídico porque forma parte de una memoria donde la felicidad apenas se relaciona con la abstracción y la especulación. La época no permitía estas exquisiteces del espíritu, salvo a los retóricos envueltos en su discurso. Séneca filosofa al afirmar que «la verdadera felicidad reside en la virtud» (1983:77). La nuestra debe ser un sucedáneo y, además, desanima a los mortales de carne y hueso cuando la define como «un estado perpetuo e invariable del alma perfecta».

La lectura no es la vida. Semejantes ensoñaciones de pensador andaban lejos de la apetencia universal de felicidad que, en aquella España del franquismo, se concretaba en aspiraciones tangibles y hasta comestibles para la mayoría. Los tertulios de Truman Capote la cifraban en solventar el día a día sin dejarse arrastrar por la mediocridad. El objetivo requería constancia y un ánimo a prueba de reveses, porque sólo contaba con el aliviadero del alcohol o el cinismo para evitar una depresión de perfil suicida. La observación del entorno por parte de los «literatos con inquietudes» evidenciaba que el camino hacia la felicidad, como sinónimo de éxito o reconocimiento, no pasaba por la virtud o la inteligencia, sino por la nómina de los vencedores o la castiza acepción del «listo», tan oportunista como flexible ante las circunstancias. El regateo de este tipo era en corto, casi nunca culminado con una carrera hasta la meta, pero la agudeza del ingenio permitía salir de apuros. El recuerdo de sus habilidades o argucias se traducían en risas nerviosas de los amigos, puesto que la alternativa suponía el desastre o la nada. La evidencia de este abismo se ocultaba a base

de redaños y camaradería de menesterosos. En aquel ambiente, la solidaridad parecía una fineza de soñadores.

La necesidad de orillar los contornos trágicos de lo cotidiano durante el franquismo generó un anecdotario estremecedor. Su concreción rebosa ingenio o astucia en la tradición de la picaresca, que siempre cuestionó el valor de la inteligencia y la felicidad como estado perpetuo. El tremendismo de las escenas lo admiramos en algunas obras de ficción que apenas contaron con lectores o espectadores. Tal vez porque sus recreaciones se asemejaban demasiado a la realidad y no consolaban. Ni siquiera aliviaban la desesperanza, puesto que su testimonio era abrumador y las alternativas, cuando superaban el filtro de la censura, se difuminaban en lo etéreo (el amor, la solidaridad, la justicia...) o en un futuro sin fecha. Los autores de la disidencia, a menudo más vital que ideológica o política, reconocían la debilidad de su apuesta por el cambio. No obstante, su rebeldía se conformaba con recrear una épica de lo cotidiano, allá donde se suponía un foco de resistencia por pura necesidad, y trapicheaba con la realidad, que sólo unos cuantos irredentos confiaban ver sometida a los vientos de la Historia.

Esa felicidad de quien busca la coherencia de la ética gracias a la honestidad, el compromiso y la mirada crítica ha sido generosamente elogiada por los ensayistas que identifican el franquismo con un reino de la maldad. Aceptado tan homogéneo marco, las obras de estos autores representan un alivio moral para los escasos lectores que las disfrutaban con la tranquilidad de comprobar que, en unas circunstancias adversas, algunos españoles ejercieron el derecho a la observación y la reflexión. Nunca terminaremos de agradecerlo y conviene difundir ese testimonio como referente de una memoria colectiva. Otros analistas reivindican, además, los ejemplos de una «resistencia silenciosa», allá donde a veces sólo había educación o sentido común. La escasez engrandece cualquier aportación digna del recuerdo.

El alma perfecta de la que habla Séneca apenas cuenta en las estadísticas. La felicidad del hombre, tan imperfecto, deriva en un concepto escurridizo. Su variedad es fruto de la adaptación a las necesidades de cada individuo. En aquel mismo reino de la maldad hubo quienes no precisaron del

soporte ético para ser felices. Sus manifestaciones creativas se convirtieron en una gama de rituales, cuyo origen va desde el cinismo de quien niega la realidad a la mirada sonriente de un codornicismo que, según Álvaro de Laiglesia, «está convencido de que el hombre es sólo feliz cuando es niño, porque lo ignora todo, y aboga por una Humanidad-niña inocente y de ojos cándidos que respete y admire la belleza de los secretos que se guardan detrás de las Puertas Infinitas» (apud. González Grano de Oro, 2005: 385).

La felicidad pasaba a veces por la cursilería de una retórica ajena al debate e incluso la comprensión racional. No obstante, sus manifestaciones las observamos por doquier, apenas traspasamos el umbral de una disidencia cuya representatividad social es cuestionable. Las verdades acerca del pasado escuecen cuando rompen esquemas justificados por el imperativo ético o moral. La evidencia de ese sosiego a cualquier precio molesta al historiador confiado en la condición humana, pero la pretensión de ocultarla nos aboca a la imposibilidad de comprender una dictadura que gozó de un amplio consenso entre la población. La derrota y la represión no justifican por sí solas tanto tiempo de silencio.

Los motivos de esa felicidad durante el franquismo fueron heterogéneos y a veces estaban objetivamente justificados. Más allá de los casos individuales, el Régimen se apoyó en diferentes colectivos que gozaron de privilegios cuyo límite era el capricho de quienes los detentaban. La vida da sorpresas, pero cuesta imaginar espíritus depresivos o melancólicos entre quienes ejercían de vencedores a diferente escala, sin disimulos ni dudas hasta bien entrados los años sesenta. Y entre los perdedores, más numerosos, pronto germinó el deseo de reconciliarse con una realidad que les resultaba adversa, pero mostraba resquicios derivados de su propia imperfección, así como una omnipresente voluntad propagandística para el ocultamiento o el disimulo de cualquier aspecto negativo. Las consiguientes campañas funcionaron gracias a su simpleza conceptual y la repetición, hasta dar la sensación de que los prejuicios, las falsedades o las fanfarronadas formaban parte del sentido común. Desde ese momento se convertían en verdades indiscutibles y, si el dogma no bastaba para

disuadir a algunos irredentos, la censura actuaba con el objetivo de evitar la hipotética disputa.

El resultado de este proceso de adoctrinamiento es heterogéneo por la variedad de sus protagonistas y destinatarios. Sin embargo, en términos globales aparece como complementario dentro de su simpleza de lugares comunes. La complejidad conceptual se reservó para unos cuantos teóricos del franquismo sin apenas incidencia en el devenir político y social. Cuando quedó obsoleta la obligatoriedad de las consignas, sus obras de enfáticos títulos se deshicieron como azucarillos sin correspondencia con la realidad. El discurso conservador de la etapa democrática ni siquiera las reivindica por pudor. La aparente orfandad se solventa con un revisionismo que tiende a difuminar los protagonismos del pasado y cuestionar el derecho del adversario a la memoria.

Unos pocos españoles crearon un ritual de la felicidad donde se orillaba lo polémico o molesto, siempre asociado a la vulgaridad en tiempos donde se ensalzaba la idealidad porque permitía una retórica donde los compromisos eran un brindis al sol. Y otros compatriotas, sin portavoces propios, asimilaron tópicos consoladores que les ayudaban a sortear la evidencia de una realidad mediocre. Ambos grupos, con sus particularidades y excepciones, compartieron la aspiración universal a la felicidad. La misma se pudo postergar en algún momento o quedar reducida a una mera ilusión, que también cuenta a efectos históricos (Ferro, 1995:38). En cualquier caso, a lo largo de cuarenta años la felicidad debía aparecer con una rotundidad que sonroja cuando su violento origen y sus fundamentos quedan en evidencia. La clave estaba en el silencio y el olvido, en la creación de una ficción que a veces se concretaba en los rituales de la reafirmación, abundantes durante cualquier período dictatorial, y en otras ocasiones generaba obras singulares y hasta brillantes. La evasión es compatible con la excelencia y buena parte de los autores de aquella época dignos del recuerdo apostaron por esa vía, por convicción o conveniencia, porque el éxito también les ayudaba en su particular búsqueda de la felicidad.

La retórica apuesta de José Antonio Primo de Rivera por «los poetas» derivó en un abuso de la metáfora en detrimento de la precisión del lenguaje. El consiguiente vacío semántico se adueñó de numerosas páginas. La felicidad de

los franquistas aparenta consistir en una sucesión de plúmbeos conceptos y consignas indescifrables, que apenas permitía sortear los obstáculos de una cotidianidad donde nadie acertaba a calibrar la unidad del destino en lo universal. Su calendario de efemérides se mantuvo en un clima de fastuosidad provinciana, que impresionaba a los carentes de sentido del humor y ocultaba su oquedad, más evidente y patética conforme pasaban los años. Los destinatarios de aquellos espectáculos religiosos y civiles se tranquilizaban al sentirse partícipes de un porvenir seguro y trascendente, con respuestas de manual para cualquier pregunta acerca de sus fundamentos, aunque apenas pudieran comprenderlos o defenderlos mediante argumentos basados en la razón.

La sorpresa representa una variable del análisis histórico, pero resulta improbable que por la vía de la retórica aquellos españoles alcanzaran la felicidad. La búsqueda por los franquistas, y otros muchos que lo fueron sin saberlo, se basa en un juego de máscaras, que utilizaban con un desparpajo sólo justificable por el interés y la necesidad. La circunstancia se repite en otros contextos no necesariamente dictatoriales, pero lo peculiar fue su intensidad, hasta el punto de que la ficción de los lugares comunes constituyó una realidad alternativa para numerosos españoles. La asimilaron y defendieron como una agarradera para sentirse felices, mientras que los verdaderos motivos de su felicidad quedaban en la intimidad del interés, el privilegio y el beneficio. Al fin y al cabo, se trataba de un bienestar, cuya justificación pasaba a menudo por el olvido y el silencio, porque su origen estaba contaminado por la violencia y el despojo.

Julián Marías indica que «el bienestar por sí mismo no produce la felicidad; es simplemente un requisito de ella» (1987:171). Así se considera cuando hay coherencia entre los fundamentos de ambos conceptos, pero el filósofo también percibiría que muchos de sus coetáneos, una vez satisfechos gracias al bienestar, abogaron públicamente por una felicidad que parecía un ritual del sacrificio. La discordancia generalizó un comportamiento cínico y la doble moral con la ayuda del juego de máscaras, al tiempo que gracias a la impronta católica se ahondó en la ya tradicional deslegitimación de la riqueza como vía de acceso a la felicidad. Había tanto que ocultar y olvidar en el origen

de ese camino que los franquistas, con la colaboración del «franquismo sociológico», optaron por trazar la ficción de otras rutas, aunque fueran imperiales y tuvieran como referente unos luceros de quimérica localización.

La estrategia de esas máscaras sólo era viable en un marco propagandístico y unilateral, donde la inteligencia de los receptores solía quedar en suspenso y abrumada por la insistencia del emisor. El éxito y la continuidad de la dictadura avalan la eficacia de esta propaganda, pero entre los propios franquistas había minorías cultas y brillantes poco satisfechas con su cursilería de ritual. Algunas de sus propuestas alternativas en pos de la felicidad serán analizadas en este ensayo. Sus concreciones en el campo de la ficción comparten el requisito del olvido y el silencio. La coartada de estas obras es una evasión sin motivo aparente, o confesado. Se obvia así lo vulgar del presente, al tiempo que se orilla el futuro para evitar que la felicidad suene a hueco. Los autores se refugian a menudo en un pasado idealizado e inmutable, observado con una dosis de melancolía que refuerza la elegancia de la propuesta. La felicidad no sólo es posible en esas coordenadas, sino que, además, no precisa de justificación alguna. La idea fue bien acogida por quienes estaban acostumbrados a prescindir del razonamiento y la concreción.

La valoración ética de la felicidad suele restringir o desvirtuar los motivos de la misma. Fernando Savater indica que «en cuanto objeto conceptualizable, la felicidad es opaca, resulta refractaria a la tarea reflexiva» (1986:148). Conviene, pues, percibirla y aceptarla como una aspiración sin necesidad de justificación ética o reflexiva. Así comprenderemos mejor el exhibicionismo de algunos españoles de la época a la hora de mostrar un bienestar que todos, incluidos los espectadores coetáneos, asociaban a la felicidad. Mientras tanto, otras propuestas garantizaban el mismo objetivo mediante un olvido selectivo, que configuraba una memoria donde la felicidad –en cuanto presencia recordada- se movía con libertad gracias al capricho de lo arbitrario. Este filtro laminó lo conflictivo del pasado para garantizar la continuidad del presente. La tarea contó con un amplio consenso, sin olvidar la coacción, y no sólo ayudó a la continuidad del Régimen, sino que también facilitó su fragmentación hasta lo irreconocible y anecdótico cuando llegó la actual etapa democrática.

La creación de una ficción basada en el silencio y el olvido, en la búsqueda de una alternativa a cualquier realidad que pudiera resultar conflictiva, requiere de agentes repartidos en diferentes instancias. El presente ensayo se centrará en algunos comediógrafos, escritores, cineastas, cantantes, deportistas y periodistas que colaboraron en la tarea sin caer en la obviedad de la propaganda. Sus propuestas coinciden en lo fundamental con los «principios» del Movimiento o el adormecimiento propiciado por el régimen como táctica desmovilizadora, pero la mayoría de las seleccionadas preservan un margen de creatividad e inteligencia que les confiere atractivo para su análisis. La minoría mantiene, al menos, «el interés sociológico» que propicia la reflexión acerca de una mentalidad cuya explicación no se debe circunscribir al ámbito de la Historia. Quienes compartimos la humanística aspiración a ser «especialistas en vaguedades» (José M<sup>a</sup> Valverde) también podemos aportar impresiones y hasta conclusiones sin necesidad de recurrir a teorías complejas. La simplicidad de la observación nos ayuda a evitar el parto de los montes en estos casos.

Una dictadura de cuarenta años no podía prescindir de la felicidad de sus protagonistas; ni siquiera de parte de sus potenciales antagonistas. La obviedad se olvida a menudo y algunos historiadores de la ficción tienden a subrayar la negrura de la época hasta lo caricaturesco. Ajustan así las cuentas con un pasado que rechazan. Mientras tanto, otros colegas, habitualmente más jóvenes y con tendencia al revisionismo para singularizar sus análisis, observan en la misma realidad brotes verdes, gracias a un optimismo digno de mejor causa. El equilibrio entre ambas posturas tal vez pase por aceptar la existencia de una felicidad acomodada al franquismo y basada en un juego de máscaras, donde casi todos los españoles participaron con diferentes grados de responsabilidad. El motivo parece simple: había que ser felices y esta aspiración universal no podía ser negada a la mayoría durante cuarenta años. La solución era incluir dicho juego hasta en las cartillas de racionamiento con su lógica cuartelera y, posteriormente, en las imágenes del desarrollismo como panacea. Esa felicidad es cuestionable por insustancial o inmotivada, pero la ilusión forma parte de la materia histórica y sus manifestaciones funcionaron durante un tiempo de silencio que también se caracterizó por las carencias en todos los ámbitos. A



falta de un rostro presentable y satisfecho, las máscaras de la ficción al servicio de la felicidad nos permitieron situarnos frente a un espejo sin temor al desánimo.